

LA MARINA CONTRARREVOLUCIONARIA DEL RÍO DE LA PLATA

José CERVERA PERY
General auditor



UANDO aquí empleamos el término «Marina contrarrevolucionaria en el Río de la Plata» lo hacemos en directa referencia a los hombres y barcos basados en el apostadero de Montevideo, que en defensa del pabellón español tomaron parte en las luchas independentistas en la cuenca rioplatense, concretamente la planteada desde Buenos Aires, capital del virreinato y cabeza visible del proceso emancipador.

En este artículo contemplaremos los críticos momentos de la instauración de la Junta de Buenos Aires, la reacción de Montevideo y los sucesos que en una y otra banda ocurrieron en 1811 y principios de 1812, tantas veces estudiados desde distintas ópticas, con preferente atención a sus acciones navales y a la figura del brigadier de la Armada José María Salazar, jefe del apostadero naval de Montevideo en los días de la Revolución de Mayo y auténtico forjador de la llamada Banda Oriental.

Un breve guión de los principales acontecimientos nos permitirá establecer el hilo conductor cronológico que sintetice los campos de acción de aquella peripecia histórica:

1808.—(21 de septiembre). Francisco Javier de Elío, gobernador de Montevideo, convoca un cabildo abierto y se forma una Junta de Gobierno contraria al virrey del Río de la Plata Santiago Liniers.

1809 (julio).—La Junta Central de Sevilla resuelve el conflicto con la disolución de la Junta de Montevideo y la sustitución de Liniers por el teniente general Baltasar Hidalgo de Cisneros.

1810 (25 de mayo).—Se crea una Junta Provisional en Buenos Aires de clara tendencia independentista, pero Montevideo permanece fiel a las autoridades españolas.

1811 (28 de febrero).—José Gervasio Artigas, capitán del Cuerpo de Blandengues, con el grito de Asencio consigue el levantamiento de la banda oriental, y el 18 de mayo consigue la victoria de las Piedras.

1814 (20 de junio).—Con la capitulación de Montevideo finaliza el dominio español en el Río de la Plata.

Puede verse, por tanto, que el virreinato del Río de la Plata, que había sido el último en constituirse como unidad orgánica, con una dilatada extensión territorial que iba desde la Tierra de Fuego al Alto Perú y desde el Atlántico a los Andes, fue de los primeros en conectar con las aspiraciones independentistas. A ello contribuyó, de alguna manera, el clima de autoconcienciación creado tras los ataques ingleses a Buenos Aires en 1806 y 1807, en los que españoles y criollos habían compartido comunes esfuerzos, pero que previno a estos últimos —en mayor número— de hasta dónde podían llegar sus capacidades ofensivas.

El capitán de navío Liniers, elegido por voluntad popular primero gobernador y después capitán general y virrey, desplazó al general Elío, que se hizo cargo del gobierno de Montevideo; pero la gravedad de las complicaciones políticas se incrementó cuando se tuvo conocimiento en Buenos Aires de la entrada de los franceses en España y del cambio de dinastía efectuada mediante los manejos de Napoleón. La llegada y posterior entrevista del enviado de Bonaparte, marqués de Sassenay, con Liniers agudizaron los recelos de los realistas y desde Montevideo Elío le acusó de traidor; pero Liniers, para salir de toda sospecha, ordenó la jura de Fernando VII. Los realistas bonaerenses



Medalla conmemorativa de la recuperación de Buenos Aires (1806). (Museo Naval. Madrid).

no cedieron terreno y exigieron la dimisión del virrey, pero tropas criollas al mando de Cornelio Saavedra aplastaron a sus oponentes y rescataron a Liniers, que no obstante sería sustituido por el teniente general, veterano de Trafalgar, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien desembarcó en Buenos Aires a finales de junio de 1809.

El nuevo virrey llegó con ánimos contemporizadores, pero la máquina independentista estaba en marcha y en Buenos Aires se entendió que había llegado el momento idóneo para la emancipación; así, en mayo de 1810 una comisión de la Junta obligó a Hidalgo de Cisneros a resignar el mando, declarándose de esa forma caducada la dominación española en el Río de la Plata, aunque la independencia formal argentina no se estableciese hasta julio de 1813.

La contrarréplica no tardaría en llegar. Montevideo reconoció la regencia de la monarquía española, y Liniers —cuyo patriotismo y lealtad están fuera de duda— levantó en Córdoba el estandarte real y se dispuso a hacer frente al nuevo ejército criollo con exiguos medios. La traición de sus colaboradores dio lugar a su apresamiento y ejecución, tristes acontecimientos de los que no puede enorgullecerse la Junta de Buenos Aires.

Al afirmar Montevideo su lealtad a España y su emancipación de Buenos Aires, las hostilidades entre los dos puertos comenzaron en el mar, ya que cada uno de ellos intentó bloquear al otro, por lo que evidentemente la revolución en ambas ciudades no podía ser la misma.

En 1809 se había posesionado del mando del apostadero de Montevideo el capitán de navío José María Salazar, que disponía como efectivos navales de la fragata *Ifigenia*, corbetas *Indagadora* y *Mercurio*, bergantines *Belén*, *Cisne*, *Cálvez*, *Casilda* y *Panamá*, goleta *Invencible*, zumaca *Aránzazu* y faluchos



Retrato de Baltasar Hidalgo de Cisneros de la Torre (1758-1829), teniente general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

Fama, San Luis, San Carlos y San Martín. Muchos de estos barcos estaban muy lejos de encontrarse en situación de operatividad, pero tendrían que prestar sus servicios cuando fuesen requeridos para ello. Y la ocasión va a llegar el 2 de marzo de 1811, cuando los bergantines *Cisne* y *Belén* baten en San Nicolás de los Arroyos, en aguas cercanas al río Paraná, a tres buques de la primera escuadrilla argentina al mando del maltés Juan Bautista Azopardo, que estaban apoyados desde la orilla por una batería de artillería de cuatro cañones. Los buques apresados fueron conducidos a Colonia del Sacramento, iniciándose con esta acción las operaciones navales de las guerras emancipadoras en el Río de la Plata.

Bloqueado el puerto de Buenos Aires por el capitán de navío José Ángel Michelena —con escasa oportunidad por disposición del virrey Elío—, se ve obligado a levantarlo dos meses más tarde por la intransigencia de los británicos que, junto a los Estados Unidos, dificultaban cuanto podían la presencia española en América. La división de fuerzas sutiles al mando de Michelena bombardeó la ciudad, que al final fue rendida por el capitán de navío José Primo de Rivera. No obstante, las pugnas navales seguirán, pues con ayudas externas no regateadas la Junta de Buenos Aires pudo contar con una escuadrilla compuesta de un bergantín de dieciocho cañones, una goleta de diez y una balandra de tres, aumentada más tarde con dos fragatas, un bergantín y tres goletas más. El capitán de navío Jacinto Romarate, encargado de la defensa de Montevideo (24 de diciembre de 1813), tomó el mando de la división compuesta por los bergantines *Belén, Cisne, Cálvez* y *Aránzazu*, goleta *Invenible*, balandra *América* y cañoneros *Murciano* y *Luisa*, y con ella batió en el río Uruguay a la flotilla insurrecta. Tres meses más tarde (28 de marzo de 1814) Romarate obtuvo otra victoria en aguas del Arroyo de la China contra cinco barcos insurgentes, uno de los cuales voló de una explosión, lo que hizo a los demás desistir del combate. Con estas brillantes acciones se podía mantener airoosamente en la mar una situación que en tierra discurría bajo distinto signo.

El compromiso de tregua que había suscrito el virrey Elío con los componentes del triunvirato independentista fue aprovechado por éstos para intensificar sus esfuerzos en la búsqueda de una flota que le permitiese contar con un dominio del mar más efectivo, y así compraron y armaron una fragata rusa, dos bergantines y una goleta norteamericana, nombrando almirante de la incipiente flota al capitán y aventurero irlandés Guillermo Brown, que en poco tiempo estuvo en disposición de atacar a Romarate, que con una división de buques ligeros barajaba la costa atacando los puertos insurrectos y procurándose, en brillantes golpes, efectos, víveres y municiones que tanto escaseaban. Pero tras el fracaso inicial la flota argentina tomó la isla de Martín García, encerrando a una escuadrilla española en el río Uruguay, con lo que lograron aislar a Montevideo y separar la escuadra. La decisiva victoria del 14 de mayo, en la que Brown logró derrotar a Romarate, le permitió el bloqueo de la

ciudad, que intentó romper el capitán general don Gaspar de Vigodet contra la opinión razonada del comandante de Marina, que armó como pudo dos fragatas y varios buques mercantes que salieron a la búsqueda desesperada de los buques de Brown sin resultados positivos. Montevideo se rindió un mes más tarde, privando así a España de su única base en el Atlántico sur.

Esta batalla naval de Montevideo ha sido calurosamente exaltada por los patriotas argentinos, que vieron en ella un factor decisivo para la consolidación de su independencia. Pero los juicios españoles han sido duros tras el análisis del expresado combate. Se acusó la debilidad de don Gaspar de Vigodet, que debió haber esperado a que se le incorporase Rosarito con sus fuerzas y conducirse de otro modo. En el pecado llevó la penitencia, pues a pesar de que en la capitulación se estipulaba que no habría en la plaza otra bandera que la española, inmediatamente de la salida del último buque de guerra español se izó la bandera argentina y el virreinato del Plata quedó para siempre separado de España. No obstante, por la conducta de Salazar, que sentó las diferencias entre las bandas oriental y occidental del Paraná, se creó el Uruguay que aún perdura, y que en estatuas y nominaciones reconoce y agradece todavía los esfuerzos de los marinos forjadores de una nación.

El 20 de junio de 1814 se firmaba la capitulación de la plaza de San Felipe y Santiago de Montevideo, con condiciones claras y honrosas, cosa que no fue cumplida por parte del general Carlos María de Alvear, que despachó a Vigodet para Río de Janeiro, desconociendo las cláusulas que él mismo había signado. Lo cierto es que Buenos Aires obtuvo un inmenso caudal material que se aprovecharía en buena forma por la revolución: once mil fusiles, mil quinientos quintales de pólvora, doscientos trece cañones de bronce, novecientos sesenta y cinco de hierro, más noventa y ocho buques mercantes y de guerra que se hallaban surtos en la bahía.

Desde el punto de vista estratégico y político, la caída de la plaza montevidéana fue de enorme repercusión en los teatros de guerra de la América meridional, y llegó en un momento muy adecuado para la causa insurgente. Desde el año de 1813 a marzo de 1815 caen todos los bastiones más importantes de la revolución hispanoamericana en manos españolas; sólo subsiste Buenos Aires, pues ya no existe su única amenaza vital: Montevideo.

Venezuela y Nueva Granada sufrieron la invasión del importante ejército del general Pablo Morillo, con 10.000 veteranos de las campañas napoleónicas, los que iban a ser enviados al Río de la Plata, cosa que impidió la capitulación montevidéana. Por otra parte, permitió efectuar una contraofensiva en el Alto Perú y consolidar la tranquilidad que necesitaba imperiosamente Buenos Aires para encuadrar la futura campaña de Chile, mientras en la península Ibérica se propiciaba la restauración de Fernando VII.

Montevideo había resistido todos los embates, hasta que el segundo sitio se hizo más cerrado, con la batalla del Cerrito. Su subsistencia sólo era posible mientras lograra el dominio del mar.



Batalla del Cerrito.

El apostadero de Montevideo fue baluarte principal del esfuerzo español por conservar el territorio del Río de la Plata, como lo muestra el interés del mando peninsular en su auxilio, ya con Fernando VII en Madrid. Su caída alejó el arribo de Morillo, lo que significó un cambio notable en los condicionantes estratégicos de todo el espacio abarcado por el cono sur americano. Sólo arrió su bandera cuando la penuria y el hambre intramuros propiciaron el germen del descalabro moral, y faltó el apoyo desde España, factor principal que trajo la derrota y, con ésta, el final de cualquier esperanza para España en el Plata.

En referencia a la actuación de los marinos españoles en el territorio del Río de la Plata, deben tenerse en cuenta las características, ya consabidas, de Buenos Aires y Montevideo, como ciudades-puerto, firmemente vinculadas al comercio marítimo, y por tanto, desde horas muy tempranas, sujetas a un enfrentamiento constante, que nunca tuvo fin, pese a la ingerencia extranjera. Este hecho de corte especial tuvo enorme peso en las condiciones que impusieron el nacimiento de dos comunidades autónomas rioplatenses, unidas bajo una misma bandera, pero enfrentadas por razones que marca la geografía, que define a Montevideo como el mejor puerto de la cuenca.

El mando naval español del apostadero no sólo se preocupó de sus obligaciones y servidumbres emanadas de su servicio al imperio español, sino que se vio impulsado a apoyar la construcción y mantenimiento de la misma ciudad, por medio de la obra del brigadier José de Bustamante y Guerra, y a

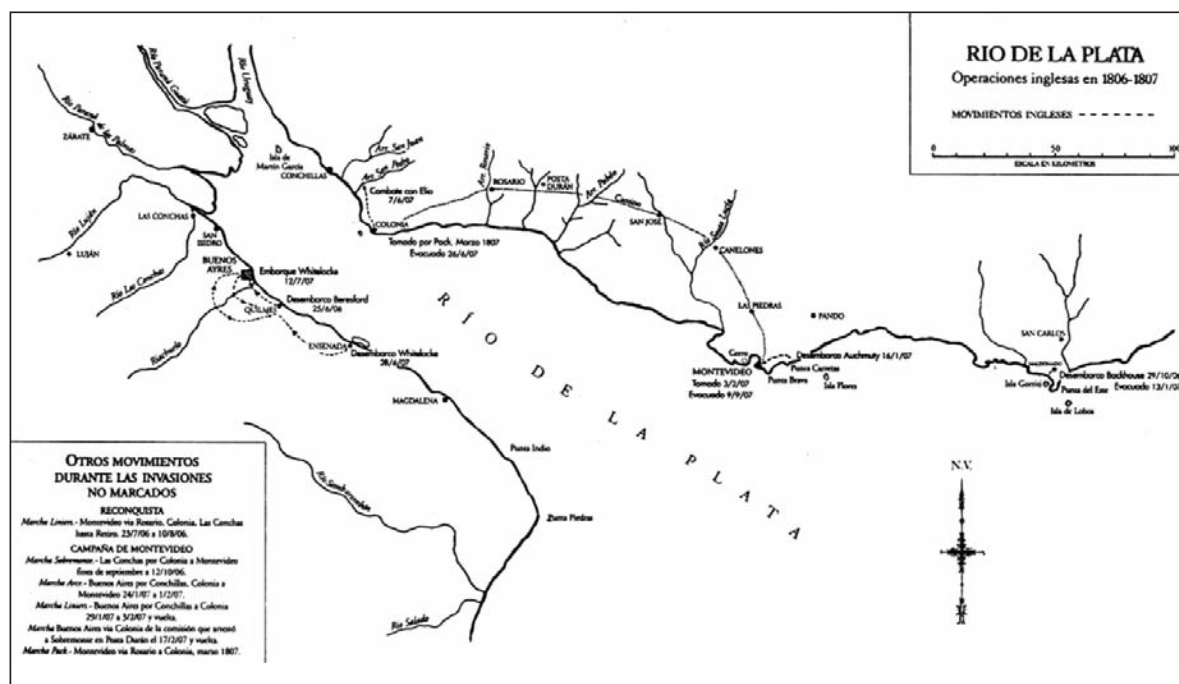


Modelo de fragata española de 40 cañones del siglo XVIII. (Museo Naval. Madrid).

preocuparse de asuntos comerciales propios de aquella «guerra de puertos», sostenida a todo trance contra el *lobby* porteño, sin desmedro de su constante lucha para potenciar sus fuerzas, siempre con medios locales, amén de todo tipo de labores en beneficio de una sociedad emergente, que halló en el establecimiento de un puerto y una base naval buena parte de su identidad.

Por ello, debe señalarse este acontecimiento como el más importante de este espacio histórico, pues el apostadero fue el preciso impulsor de una cualidad propia de esta banda del Río, que al paso del tiempo, ya bien adentrado el siglo XIX, hallaría finalmente su consolidación con el nacimiento de una nacionalidad, cincelada por la acción independiente del comercio marítimo y la riqueza de sus campos. Buena parte de esto se debe a los marinos españoles que se hallaron al frente de los destinos de este puerto, circunstancia continuada por los primeros directores en la alborada de la Patria Vieja. Porque, como ha escrito Bertocchi, «En 1815, en pleno apogeo del Protectorado artiguista, tras el triunfo de Guayabos, los porteños deben evacuar la plaza de Montevideo, confiando el Jefe de los Orientales al Capitán don Pablo Zufriategui —soldado de Las Piedras, Cerrito y Sarandí— la Capitanía General de Puer-

LA MARINA CONTRARREVOLUCIONARIA DEL RÍO DE LA PLATA



tos, hecho que se repetiría en 1829, al asumir ese mismo cargo, que al siguiente año, bajo la presidencia del general don Fructuoso Rivera, va a pasar bajo la responsabilidad del entonces Coronel don Manuel Oribe... De forma que las tradiciones emanadas de aquellos abnegados comandantes del apostadero hispánico fueron proseguidas en un mismo ritmo por quienes debieron asumir las ineludibles tareas de hacer grande esta Patria».

Una última reflexión: cuando se pierde la batalla de Trafalgar, la Marina española queda reducida prácticamente a nada, aunque sigan figurando pomposos nombres de barcos en los Estados Generales de la Armada. La mínima representación del número y calidad de los buques, y el injusto trato y abandono de que fueron objeto sus hombres, le imposibilitó prestar un apoyo eficaz y mantenido en América. Las autoridades de Madrid no llegaron a concienciarse nunca de la verdad irrefutable de que unos territorios con litorales extensos y magníficas vías fluviales de acceso ofrecían una mayor vulnerabilidad si no podía disponerse de una Marina adecuada a las circunstancias. La española de principios del siglo XIX no lo estuvo por el desinterés manifiesto y la incomprensión, cuando no animadversión, que hacia ella sentían amplios sectores de la esfera política nacional.

Todo ello comportó una ausencia de directrices y penuria de medios que propiciaron la debilidad manifiesta de los apostaderos e instalaciones navales, descuidadas y mal atendidas por la acción oficial superior, y que tenían, además, que soportar intromisiones abusivas e intolerables de quienes, careciendo de los conocimientos facultativos más imprescindibles, se arrogaban funciones superiores a las que poseían o, aun poseyéndolas, las frivolisaban o

desvirtuaban de sus fines esenciales. De aquí que hombres con la mayor disposición y excelentes aptitudes marineras tuvieran que doblegarse y aceptar, por disciplina y obediencia, decisiones erróneas o descabelladas.

Sin recursos económicos, que no se financiaban o que se distraían en otras atenciones, y sin que el gobierno de Madrid hiciera nada para remediar la situación, la regresión naval ultramarina tenía ya, en 1817, caracteres preocupantes. No se pudo, o no se quiso, hacer frente con realismo a una situación inevitable, intentando una solución por medios pacíficos, sentando las bases de una futura cooperación con los antiguos virreinos. Se ha llegado incluso a insinuar —lo que ya entra en el terreno del maquiavelismo político— que interesaba a los gobernantes españoles mantener un conflicto allende los mares para evitar tenerlo dentro. Teoría por lo demás errónea, pues todo el siglo XIX peninsular estuvo lleno de guerras civiles y pronunciamientos.

Este abandono, esta renuncia egoísta y miope a enfrentarse a un destino histórico irreversible, impactó directamente en los hombres que honraban y lucían en América el dorado botón de ancla sobre aquellas románticas levitas azules; dificultó la defensa de las zonas costeras e impidió la prestación del apoyo necesario e imprescindible al Ejército, en todas las facetas que le eran sustanciales. Es de destacar, en medio de tantos sinsabores, la entrega, arrojo y decisión de los marinos españoles en América que, a pesar de rastreras acusaciones, expedientes injustificados y críticas despiadadas, supieron mantener con dignidad y gallardía la causa que defendían, sacando fuerzas de flaquezas, con la moral alta y el espíritu templado.



BIBLIOGRAFÍA

- DE MARCO, Miguel Ángel: *José María de Salazar y la Marina Contrarrevolucionaria en el Plata*. Buenos Aires, 1956.
 PERY CERVERA, José: *Marina y Política en el siglo XX*. Madrid, 1979.
 PERY CERVERA, José: *La Marina española en la emancipación de América*. Madrid, 1992.